



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

XV.

“Los Mas Fuertes.”—Peripecias Diplomáticas.—Relaciones Financieras.—Naciones Pobres.—Administración González.—Nacionalización de los Ferrocarriles.—Restricciones Imposibles.—Deberes del Periodista.—El Capital.—Lo que Debe Hacerse.—Indiferencia Política.—La Educación Periodística.—Segunda Naturalidad.—Mala Tarea.—Los mas Útiles.—Lo que Necesitamos.

La segunda parte de la respuesta de Foción, fué esta :
“o haceos amigos de los mas fuertes.”—Y, en nuestro caso, son los americanos.

Nuestra historia diplomática con los Estados Unidos, no está exenta de serias peripecias. En HÉROE Y CAUDILLO tracé á grandes rasgos la historia de la *Invasión* y sus terribles consecuencias, es á saber, el desmembramiento de nuestro territorio; y en un capítulo anterior hablé del asunto *Cutting-Errazuriz*, que á punto estuvo de orillarnos á una guerra desastrosa con este país. Pudiera también citar las embarazosas cuestiones de límites, causadas por imperfectos trabajos anteriores y por los desbordes del Bravo del Norte, y aún el dificultoso arreglo de las reclamaciones *Weil* y *La Abra*—que

por muchos años pesaron sobre nosotros como una amenaza constante; dado, sobre todo, el estado angustioso de nuestras finanzas. El ilustre Secretario de Relaciones, Sr. Mariscal, puede con justicia reclamar la gloria del feliz término de este incidente, como uno de sus más brillantes triunfos diplomáticos.—“Los lauros del honor, son para el varón ilustre que los conquista,” diré, si se me permite modificar la hermosa sentencia del divino poeta de Venusa.

Las revoluciones constantes en que se agitó el país por más de medio siglo, fueron, asimismo, un perpétuo *casus belli* que nos amagaba; pero, terminadas éstas, el peligro no desapareció por completo, ni mucho menos.

Es bien sabido que en las relaciones financieras, particulares, del rico con el pobre, pueden imperar dos elementos: el uno moral, la *protección*; el otro de mero *interés* (con frecuencia inmoral), la *explotación*. Lo primero, siempre es sinónimo de humillación ó vasallaje; lo segundo constituye dependencia, ó sea “disminución de la libertad.” En todos casos, en las relaciones financieras del acaudalado con el miserable, existe un peligro positivo.

El mismo fenómeno se observa en las relaciones diplomáticas de los países. El *Dios Dollar* preside—vela entre bastidores—en la mayor parte de los rompimientos políticos internacionales. Todos osan humillar á una nación *pobre*; muy pocos á una *rica*. Los Estados Unidos

responden á los grandes armamentos europeos, con la formidable pujanza del Erario y la riqueza nacional. *La fuerza se compra; la riqueza es necesario adquirirla por el trabajo.* Y así es cómo el *Trabajo* viene á ser el único oponente legítimo actual, á la *Fuerza*—que fué Marte y Plutón en los pasados siglos.

Por eso el *nivel* de las buenas relaciones internacionales, no está tanto en la Armada y el Ejército, como en las *Finanzas*.

Zanjadas las cuestiones *Weil* y *La Abra*, y las de límites é irrupciones del salvaje, quedaba pendiente entre ambos países limítrofes, un elemento *real* de peligro: nuestra pobreza; y otro *moral*, la desconfianza que inspirábamos al mundo, por nuestro pasado de desórdenes.

La *confianza* fué creciendo año por año, pudiera decirse que con “morbosa rapidez;” y á la amenaza de la conquista guerrera, sucedió lo que hemos llamado la “conquista pacífica,” á que antes hice referencia.

La Administración González, que, sobre todo en los dos primeros años, se hizo conspícua, por un enorme desarrollo de la riqueza pública—por una fiebre de empresa que se aproximó al delirio—produjo una obra trascendental, pero imperfecta. Al surcar el territorio de la República con vías férreas, alejaba, por un lado, el peligro de las revoluciones, facilitando la movilización del Ejército; mas, por otra parte, otorgando crecidas subvenciones á ferrocarriles *netamente americanos* (más

de \$80.000,000), echaba la simiente de peligrosas reclamaciones futuras. Este fué el grande error—error relativo, como se ha visto—de las primeras Administraciones tuxtepecanas.

El mismo General Díaz lo ha reconocido más tarde; y, felizmente, con oportunidad. La obra sabia y patrióticamente emprendida, de NACIONALIZAR los ferrocarriles *americanos*, no puede menos de ser aplaudida, no ya solamente por los aduladores sempiternos, sino por los más encarnizados enemigos; que, al obrar de otra manera, dejarían de serlo para tornarse en incondicionales y estultos malquerientes. A éstos ni se atiende, ni se discute con ellos. Principian por ser malos mejicanos, incapaces, por su ceguera pasional, de distinguir lo bueno de lo malo. “La oposición ciega, es la sinrazón á caballo,” dijo alguien, parodiando el dicho de la Baronesa de Holstein.

Amigos y opositoristas del actual Gobierno, si ambicionamos el título de pensadores serios, tenemos por fuerza que convenir en que el General Díaz, (de quien nadie me creará un adulador), auxiliado eficazmente por su brillante Secretario de Hacienda, al nacionalizar las vías férreas, no solamente ha emprendido una obra económica, que redundará, principalmente, en provecho de la agricultura, minería y comercio, (evitando tarifas diferenciales ó de penetración, fletes excesivos, “combinaciones,” etc.), sino que logrará con ello una gran obra

política. En primer lugar, *rectifica* el error de los gobiernos anteriores, dejando sólo en pie lo que de bueno tuvo el establecimiento de vías ferrocarrileras; y en segundo, evita que éstas se conviertan, en un caso desgraciado, en semillero de reclamaciones, y en causa, quizás, de un conflicto internacional de consecuencias indecibles.—Alejar los motivos de rencilla entre dos potencias, es facilitar el estrechamiento de vínculos amistosos, ó, si se quiere, trabajar de acuerdo con la máxima de Foción: “*haceos amigos de los mas fuertes.*”. . . .

La venta de territorio—ó sea de propiedades—por particulares á nacionales ó compañías americanas, asi como el traspaso, á unos ú otras, de todas nuestras industrias lucrativas, no puede ya detenerse. No es dable, tampoco, como en lo antiguo, fraguar leyes restringiendo ó vedando el tráfico á determinados países, puesto que todos los tratados de comercio llevan actualmente la cláusula de “la nación más favorecida.”

El gobierno colonial, por ejemplo, pudo prohibir la explotación de minas á los extranjeros; pero, apenas naciente la República, tal prevención tuvo que derogarse. La misma suerte corrió la ley que prohibía á aquéllos poseer bienes raíces en nuestra frontera septentrional; y preciso es convenir en que hubo buenas razones para derogarla.

Con el desarrollo de la idea de cosmopolitismo—resultado natural de la fraternidad de las potencias, es-

trechada por la facilidad de comunicaciones—"la tierra toda va volviendo á *todos* los hombres, sin distinción de procedencias locales; y á *todos* con igual derecho." Lo único que resta que hacer á las "localidades," es prepararse y vencer en la "lucha económica." Obrar de otra suerte, es despertar susceptibilidades, dar márgen á rencillas, odios internacionales, y, vedando la posesión á justo título, llamar el despojo.

La teoría de la "puerta abierta," se apoya en esta doctrina; y pretender mantenerla *cerrada*, costó caro, no ha mucho, al Celeste Imperio. Hasta la "*Sagrada Meca*" musulmana, quedará bien pronto expedita, (con la terminación del ferrocarril que actualmente se construye), al comercio del mundo. La legendaria Damasco, pertenece ya al tráfico universal.

No; inútil sería pretender—inútil y *peligroso*—por medio de leyes *especiales*, poner un hasta aquí á la irrupción de capital americano,—que rápidamente va desposeyéndonos de *lo mejor* que tenemos.—El remedio debe buscarse en otra parte. Debe buscarse en un *medio*, que á la vez que haga difícil el que bien pudiera llamarse "despojo voluntario," (á pesar de la contradicción aparente de las palabras), aleje ó disminuya el peligro, en el infortunado caso de una recaída fatal en los disturbios de antaño.

Y para que tal se logre, es indispensable que nosotros, todos nosotros, los que voluntariamente nos hemos

constituido en educadores del pueblo, ni á éste engañemos, ni nos engañemos á nosotros mismos.—Tan malo es lo uno como lo otro.

No ha mucho se le preguntaba á un publicista neoyorkino, “¿qué cualidades se requieren en un periodista?” Y sin vacilar respondió: “Para ser periodista amarillo, (de escándalo), *ningunas*; ni siquiera saber escribir. Pero para ser verdadero periodista, se necesitan tres cosas: talento, ilustración y *conciencia*; pero no en ese orden, porque la *conciencia* debe colocarse (*must be placed*) en primer lugar.”

Así—teniendo en cuenta todo lo dicho—claro está que el deber más urgente de los escritores serios, aún combatiendo con energía lo que de buena fé juzguen errores de sus gobernantes, será procurar el mantenimiento de la paz y el orden.

Los pueblos no crecen ni se desarrollan *a golpes*, como las vegigas, sino mediante un trabajo constante y bien dirigido. “Pueblo trabajador,” quiere decir, “pueblo honrado;” y un pueblo honrado, no tan sólo se enriquece y hace fuerte, sino que se gana el respeto y la simpatía universal.

Cuando una nación ha vivido por largos años en el desorden, el capital nacional se acobarda y teme mostrarse. De aquí que se críe una “segunda naturaleza,” sobre todo en el capital inmueble, el cual tiende á salir de las manos del nacional poseedor. El *deseo* irrealizado

de deshacerse, á justo precio de lo que, poseyendo, solía convertirse en material de expoliaciones y robos, pasa por atavismo al través de dos ó más generaciones, aún después de restituida la normalidad en las funciones gubernativas. Los *microbios* de la revolución, como los de la tisis, se traspasan á los descendientes.—Los judíos, perseguidos y arrojados de aquí y allí por cerca de catorce siglos, (durante los cuales aprendieron á no *conservar* más que semovientes y á despreciar los bienes raíces), *continúan todavía*, ¡después de cinco siglos de reposo!, *prefiriendo* el tráfico y la usura, á las industrias minera, agrícola y manufacturera.—Por eso, en Méjico, los *unicos* que nada venden á los americanos, son los comerciantes, los prenderos y los propietarios de pequeñas industrias, en las que el verdadero capital está en la “habilidad de manos” del capitalista. Y así es cómo el *español* seguirá siendo usurero y abarrotero todavía por varias generaciones, y el *indio* seguirá haciendo monos de barro.

¿Quereis que nada de lo apuntado acontezca—vosotros, los directores de la opinión pública?

Pues bien, esforzaos porque nuestros connacionales desmientan con sus obras lo asentado en este folleto. Hay ocasiones en que errar en la previsión, es saludable en el efecto.

Para el mismo fin de hacernos fuertes, ricos, respetables y *amigos* de “los más fuertes,” tenemos problemas

serios, que reclaman la atención preferente, no tan sólo de los que residen en el extranjero, sino también de los que laboran, empleando los mismos medios, en nuestro país.—Si la prensa de Méjico fuera libre del todo, me hubiera expresado así: “sino también, *y principalmente*, de los que laboran dentro del país.”—Asiento *hechos*, no discuto *causas* en este punto de mi escrito. . . .

Mala tarea se han impuesto ciertos *Emigrados Políticos*, predicando *urbì et orbi*, con la más grande audacia, que fuera de ellos—y un limitado círculo de los que de buena fé han creído entrever en sus prédicas interesadas, la realización posible de una transformación rápida del país en una democracia de que distamos inmensamente y á la cual no llegaremos sino paso á paso y con sumo cuidado de no tropezar y abismarnos,—nada bueno existe en Méjico. Nada bueno encuentran allí, fuera de ellos y sus amigos; y no existe, para ellos, en el resto de la República, más que corrupción y bandidaje.

Y nótese que estoy *muy lejos* de aplaudir la CRIMINAL INDIFERENCIA con que el noventa por ciento de nuestros compatriotas miran actualmente nuestra situación política, llegando la estupidez de buen número de ellos, hasta creerla “digna de perpetuarse.”—No; tanto se peca por vía de más como por vía de menos. Sólo entre pueblos á medio civilizar, “político” es *sinónimo* de “revolucionario;” en los ya civilizados, “político” quiere decir “buen ciudadano;” y, por oposición, “indife-

rente," es lo mismo que "*mal patriota*," descastado, materia primera de traidores.

La *educacion civica* que puede impartir el publicista, no se proporciona con fruto mintiendo á los educandos—y mucho menos enseñándoles á aborrecer ó despreciar á sus compatriotas, á quiénes se moteja á cada momento de "rufianes" y "malvados."—Malvados son, los que tienen la osadía de afirmar, que, con tan denigrante título, deben estigmatizarse cuantos piensan de distinta manera que ellos. Para llamarles nada más *ignorantes*, sería preciso que probaran previamente carencia de malicia.

Aún los hombres más pacíficos y timoratos, son más útiles á la Nación, que los que en ella siembran rencillas y cosechan odios. La campaña política, educativa, se hace con razonamientos; no con deprecaciones altisonantes. Las ideas, inclusive las diametralmente opuestas á las que sostenemos, no deben combatirse á palos. Y aún cuando á palos se nos combata, nosotros debemos contestar con las palabras del general griego: "pega pero escucha." Debemos tener presente, que, á la postre, siempre triunfa el que tiene razón. La vida de un hombre no es la vida de una causa. Si de corazón pertenecemos á una causa que juzgamos útil para el adelantamiento político ó moral de un pueblo, debemos dejar de *pertenecernos* á nosotros mismos. La *siemiente* nunca ve el fruto que engendra. Jamás os acon-

tezca creer, que vosotros sois la "causa misma." Si ésta vale algo, no sois más que la roca suelta cuya conglomeración forma las montañas. Y recordad, sobre todo, que los más grandes políticos del mundo, nunca pudieron ver claramente en las "nieblas luminosas," en que tomaban forma indefinida los ideales.

El triunfo final de una causa, es un sedimento: nunca se divisa durante la efervescencia. . . .

Yo quisiera ver en nuestros EMIGRADOS POLÍTICOS, incubarse ideales constructores; no de destrucción. Es más meritoria la tarea de la abeja, que la del rayo— aunque á éste le acompañe mayor ruido. ¡Sed antes la abeja, que obscuramente labora, que el rayo que con esplendor destruye!

Méjico necesita paz y orden; y necesita también un progreso firme intelectual. Los primeros, son elementos *necesarios* para adquirir lo segundo.

Con orden y paz, una nación, vitalizada por el capital, pone en explotación no tan sólo sus elementos de riqueza, sino todos aquellos que la hacen poderosa, respetada y fuerte. Los ciudadanos— todos los ciudadanos— van poco á poco tomando su puesto en el gran taller donde se labra la prosperidad de la nación.

Mas que ver al *indio* en el Ejército, me place verlo en el taller ó en la escuela. Si amais verdaderamente al indio, dadle libros, dadle herramientas; pero no armas. Ya ha sido "carne de cañón" por bastantes años.

Y si así obramos, esto es, conforme á todo lo que antecede, conservaremos la paz, desarrollaremos nuestros elementos de riqueza; seremos *ricos*, y seremos *fuertes*. Y siendo *fuertes*, seremos respetados y nos ganaremos la estimación—siempre calculada—de *los mas fuertes*. —Y con esto, habremos acatado la segunda parte del sabio consejo del general ateniense.

